



Tomo V.

México, Domingo 23 de Junio de 1905

Núm 203

¿UNO DE TANTOS?

(HISTÓRICO.)

ESTABA ella recostada sobre un catre de detenida, catre estrecho y duro, en una triste celda de la cárcel penitenciaria. Su fisonomía, de una palidez mortal, sus manos casi diáfanas, cruzadas sobre el pecho, habrían hecho creer que había dejado esta mansión de tristeza, si un ligero movimiento no hubiese dilatado sus adelgazadas narices y una contracción dolorosa de las cejas no probase de vez en cuando que aún sufría.

A su lado, sentada en un taburete, había una joven de facciones enérgicas, algo rudas, tostadas por el sol, de grandes manos callosas, la cual llevaba el triste uniforme de las detenidas.

Tenía fija la mirada en los ojos de la moribunda, con una expresión de resignación sombría; de vez en cuando, un relámpago de cólera iluminaba su faz, alternando con una expresión indecible de pena y ternura.

Repentinamente sus labios contraídos murmuraron con cólera concentrada: «¡La ha muerto el miserable!» Sus palabras fueron tan sólo un murmullo, pero la moribunda las había oído y sus ojos se entreabrieron.

—No, María, no hables así de él... ¡Oh! si al menos pudiese volverle a ver!

—Pobre criatura, murmuró la enfermera, todavía!

No llegaba aún a los veinticinco años la enferma y se moría de vergüenza y de dolor. En su largo ensueño, apenas consciente, veía de nuevo los cuadros alegres y las escenas tristes de los años transcurridos.

Recordaba bien (sólo hacía tres años de esto) el día feliz en que enlazó su mano con la del hombre que amaba. Era guapo y ella le creía bueno y valiente. Perteneía a una familia distinguidísima. Se amaban y sus días trascurrían alegremente en una dicha, que nada, al parecer, debía empañar.

Una lágrima brilló en las pupilas de la

moribunda, al presentarse ante su imaginación; fatigada de recordar tantas angustias, el sombrío y doloroso cuadro.

Tristísima era realmente la historia de esta joven, casi una niña, que se moría sobre un lecho de la cárcel.

En sus primeros años, conoció tan sólo los esplendores y goces de la riqueza, inundando su corazón las alegrías que proporcionan todas las afecciones puras. Después de su casamiento, una nueva luz iluminó el cielo de su vida siempre tan sereno; amaba a su marido y éste la adoraba. Sin embargo, después de algunos meses, su alma, ávida de cariño, sintió que algo le robaba aquel corazón, que hasta entonces latió sólo para ella. Las veladas, que fueron horas de expansión y tranquilo afecto, habianse convertido en horas de soledad para ella. Su marido, atraído por algún imán misterioso, huía de la tranquila morada que fué el centro de su vida, y cuando la mirada dulce de su esposa exploraba la suya, él apartaba los ojos inquietos y confusos.

El desgraciado jugaba. El tapete verde le había fascinado y este malhadado vicio acabó por endurecerle pronto el corazón. La suerte que le había favorecido, le abandonó, habiendo perdido sumas considerables; poco a poco vió recoger, con el fatal rastrillo todos los fondos de que podía disponer, y entonces adquirió deudas, deudas de honor, deudas de infamia!

Una tarde acababa taciturno su comida, sentado en frente de su mujer, que sufría de verle tan impaciente por dejarla, y la cual estaba más triste que de ordinario; un penoso presentimiento la oprimía.

—Jaime, le dijo por fin, mientras que una lágrima brillaba en sus largas pestañas, Jaime, quédate conmigo esta tarde, te lo ruego!

—Amiga mía, el mundo impone sus deberes. Me esperan en casa de... y no puedo faltar a una invitación que he aceptado.

El tono indiferente en que fueron pronunciadas estas frases, oprimió el corazón de la pobre joven. Incapaz de replicarle, juntó las manos en un modo ademan de súplica, y él, sin mirarla siquiera, levantóse y salió sin añadir palabra.

La fiesta era brillante. En los vastos

salones centelleantes de luz, una escogida sociedad departía alegremente. La incitante orquesta invitaba al baile y las risueñas parejas giraban en una atmósfera de alegría.

En un saloncito, alejado del bullicio de la fiesta, había apiñados varios grupos, alrededor de una mesa en la cual rápidamente se deslizaba el oro, según la decisión del azar. Jaime estaba allí, febril, y ante él amontonábase el oro. Más imperiosa que nunca, apoderóse de su alma la locura del juego, excitada por la ganancia y las apuestas de fabulosas sumas. La suerte cambió, y el montón de dinero, esparcido en la mesa, deshízose como la nieve bajo los rayos del sol.

Otra vez aún, va todo. Jaime perdió y perdió mucho más de lo que poseía. Desatinado, atontado, abandonó el sitio que ocupó durante muchas horas. La desesperación había penetrado en su alma, y taciturno, deslizábase a través de los alegres grupos, raros ya, que todavía bailaban a los últimos acordes de la orquesta.

Ante él elevábase el repugnante y horrible fantasma de la ruina... cuando a sus pies vió relucir un objeto; bajóse, y con un movimiento rápido, febril, recogió un rico collar de diamantes que estaba sobre la alfombra. Deslumbrado, cegado, inconsciente, deshizo la joya en su bolsillo y huyó.

No había salido aún de la casa, cuando se apercibieron de la desaparición de la alhaja, pudiendo el ladrón oír, en su fuga, voces confusas que pronunciaban su nombre.

II

Su joven esposa, mientras tanto, destrozada por el dolor, había caído sollozando, prosternada ante un crucifijo, y allí rezó, desahogando su corazón a los pies de Aquel que con su ejemplo nos ha enseñado a sufrir, y al poco rato la calma penetró en parte en su agitado corazón.

Un día creto golpe dado en la puerta, la sacó de su meditación. La camarera entró: era ésta una hija del pueblo altiva y noble, inteligente y desinteresada, la cual estaba al servicio de Blanca desde antes de su casamiento; el cariño que profesaba a su señora y su desinterés sin límites, le